

RESEÑA

Entre la irresolución y la intrepidez: descubrimiento y realización del yo en *De moscas y de ángeles*, de Rómulo Bustos Aguirre

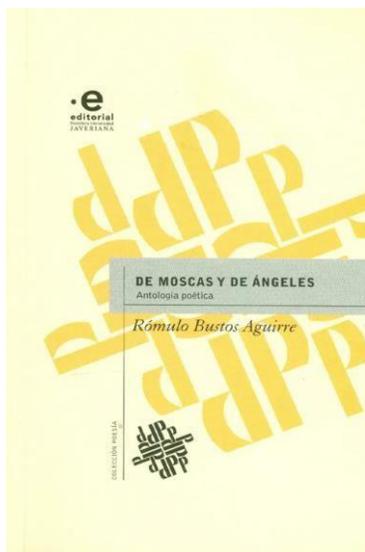
Karla Andrea Valle Padilla*

Universidad de Cartagena, Colombia

DOI. <https://doi.org/10.15648/cl..31.2020.2545>

La antología poética *De moscas y de ángeles*, del escritor colombiano Rómulo Bustos Aguirre, libro que le mereciera el Premio Nacional de Poesía otorgado por el Ministerio de Cultura en 2019, presenta las voces de distintos yoes en un viaje introspectivo; cada poema muestra etapas que son necesarias para un encuentro personal: el tratamiento de lo sagrado, la concepción que el hablante lírico tiene de lo divino y el papel que este aspecto cumple en la exploración interna; la infancia como etapa en la que se fundamenta la visión de mundo y cómo esta se expresa por medio de la poesía, la cual viene a ser el lugar en que el ser humano encuentra respuestas de su mismidad, o por lo menos una especie de alivio para el alma ante la interminable odisea en la que se encuentra por descubrir qué le ha sido arrebatado desde antes de tener memoria. La poesía es uno de los caminos que se ha tomado para tratar de encontrar la pieza faltante en el rompecabezas del alma, remoto tesoro que está, según parece, vedado a los sentidos humanos. Se encuentra en la poesía un camino, no porque el hombre la haya inventado sino porque es ella quien lo crea y luego este le da forma en el poema, lo que, a su vez, le posibilita la cercanía a su propio ser y reemplaza la duda por determinación y arrojo; en la poesía se descubre la libertad y realización que constituye la aceptación propia. Todo este descubrimiento interno representa un cambio de paradigma personal que es vivido por cada quien de forma distinta; cada cual se completa de una determinada manera, aunque siempre mediados por el acto poético pese a que esto pueda pasar desapercibido.

*Autor por correspondencia. Correo electrónico: cuadernosliteratura@mail.uniatlantico.edu.co



Bustos Aguirre, Rómulo.
De moscas y de ángeles.
Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2018.

Uno de los primeros poemarios de Bustos Aguirre es *El oscuro sello de Dios*, en el cual se presenta la transición del hablante lírico que pasa de la duda (“Tal vez/ llevamos alas a la espalda/ Y no sabemos”) al convencimiento (“Extraño exvoto/ en un templo ya vacío/ cuelgan mis dos alas abrazadas”): el yo lírico se cuestiona y es lo que da pie a que se explore, se conozca, se acepte y se lance al fuego; él mismo es Ícaro, que ha decidido experimentar y buscar respuestas, encontrando muchas de ellas en sí mismo. El hablante lírico insta al lector a no vivir según el parecer de los demás, a no habitar una existencia ajena sino a trazar un camino propio que le permita un descubrimiento personal para que pueda vivir sin el necio pensamiento de castrar su libertad.

En la intrepidez que ahora lo hace indomable, el yo lírico debe asumir su *otredad*, la cual es mostrada por Bustos como la *sombra* diversa, ya que no es uno sino muchos yoes que habitan en cada persona, por eso declara: “Hay alguien que yo sé morándome [...] Quizás me existiera desde siempre/ ¿De qué ancho cielo habrá venido/ este huésped que no conozco?” El hablante lírico se desconoce, pero empieza a hacer preguntas que pueden acercarlo al centro de su misterio. Este desconocimiento muestra también una conciencia que reflexiona acerca de la figura de Dios y la relación de éste con el ser humano; entre ambos se manifiesta una ruptura, ya que el hablante lírico no mantiene una actitud sumisa ante la imagen divina tradicional porque se sabe abandonado por ésta; por lo tanto, una vez que empieza a descubrir que sólo él puede responderse, se erige como creador: “Cada día volvemos a inventar el paraíso/ Cada día la espada fogosa del ángel/ calcinándonos el alma/ Cada día/ alejamos nuestros pasos/ sin saber ni siquiera qué es/ lo que nos niega.” Se desacraliza la figura de Dios, ya no se entiende lo trascendente como superior porque el yo lírico lo ha superado en sí mismo, por eso se refiere a Dios como un viejo conocido de cuya decadencia puede hablar sin miramientos, e incluso llega a considerar que “Es probable que Dios no

exista/ Esto en realidad carece de importancia/ Más interesante es saber/ que existe el hemisferio derecho del cerebro/ cuya función es soñarlo.”

Estas cavilaciones sitúan al hablante lírico, que representa al sujeto moderno, como centro del misterio que él mismo busca resolver. Esta proyección de lo sagrado da paso al libre albedrío por el que el individuo se adentra en su interior y se asume como un ser múltiple que también es peligroso: “Un día cualquiera/ te asomará al espejo/ y pudieras ser la primera víctima.” El *yo* lírico inicia la aceptación de su persona, entiende el riesgo de lo que implica conocerse y asume el peligro de su alma que es, por mucho, una desconocida; además, se dirige al lector con la sabiduría de quien ha experimentado lo suficiente como para aconsejar que “No confíes en la respuesta del espejo/ que tu cuerpo interroga/ Lo que somos o no somos/ es el secreto que hubiera salvado/ del suicidio a la esfinge tebana/ La verdad no es negocio de hombres/ Recuérdalo/ Siempre serás tú más íntimo forastero.” El ser humano es tan complejo e indescifrable que no le es posible conocerse por completo, por esto se entiende a la poesía como “puente” entre los sujetos y sus yoes, como la llave que abre los misterios del alma: “Me pregunto: ¿por qué escribo poesía? / Y desde algún lugar del misterioso bosque/ [...] responde el lobo/ moviendo socrático la peluda cola: —Para conocerte mejor.”

La poesía permite un acercamiento propio más profundo, filosófico, como lo presenta Bustos a lo largo de sus poemas, puesto que no hay otra forma de explicar la complejidad humana sino por medio de lo que podría llamarse una filosofía poética que funciona como espejo en que el individuo no siente miedo de sí mismo, sino que asimila su pluralidad, por eso afirma que “[...] el alma es irresistiblemente atraída fascinada ante sus terrores y en ellos se diluye o petrifica...”

Este (re)conocerse implica pasar por las estaciones del alma y la memoria, regresar a aquello que desde la niñez nos ha llevado a entender el mundo de cierta manera; lo vivido en la infancia se entiende como fundamental para lograr el proceso de exploración propia. El poemario *En el traspatio del cielo* muestra la visión de un niño sobre la que, se podría decir, reflexiona ahora su yo adulto; en su viaje interior el hablante lírico se detiene en su infancia, tal vez porque allí encuentra el inicio de las preguntas que lo persiguen para siempre, o porque considera que su *yo* infantil es lo más cercano a la plenitud, quizás es eso lo que siente al decir que “Era entonces más brillante el cielo/ Nunca nos preguntamos/ a quién pertenecían los dados cargados del tiempo.”

Con su poesía, Bustos Aguirre presenta la reflexión poética como método de cuestionamiento y confrontación propia que nos hace volver sobre nosotros mismos porque muchas de las respuestas a la crisis de la que hacemos parte como sujetos modernos se encuentra sólo en nuestro interior, al cual se llega por medio de la experiencia poética. La poesía es el núcleo del ser humano, en ella nos buscamos, así como “El péndulo/No hace otra cosa que buscar su centro/ [...] Busca la quietud/ Por eso se mueve/ Se busca a sí mismo/ Por eso no se alcanza.”

Bustos toma como punto de partida diversos elementos que hacen parte de nuestra cotidianidad, en los que probablemente están impresas partes de nuestra alma, por medio de ellos describe el misterio humano, misterio que es un ir y venir, de la poesía al lector, del lector a la poesía, y que desemboca siempre en el enigma de nuestra sombra, la cual es la única que puede darnos noticias de nuestra luz.

